EROS Y ANTEROS EN *VIENTO DEL PUEBLO*

Por
CONCHA ZARDOYA

En los poemas de este libro, hijo legítimo de la Guerra Civil, se borran los límites entre Poesía y Vida en peligro. Eros y Anteros entretejen sus pasiones al calor de la contienda, tremenda circunstancia histórica: se enfrentan, luchan, mueren, vencen o aspiran a la salvación por el sacrificio o la esperanza. En constante dialéctica de oposición y contraste, en continuo proceso de sístole y diástole, de atracción y rechazo, impregnan la temática de estas elegías, odas, cantos épicos y poemas imprecatorios. Toda una metafísica de trascendente vigencia emana de esta obra, sin ningún dualismo aparente, resolviendo la polaridad amor-odio, en extrema vigencia de fusión unitaria.

No hay en el libro una ordenación sistemática, sino una estructura lineal encarnada en el sentimiento y la pasión, sostenida por una tensión constante entre Eros y Anteros, hermanos antagónicos.

Empecemos por recordar ejemplos en que el «eros» hernandiano se revela con poética evidencia, entretejiendo con la épica lo social y lo amoroso, culminando muchas veces en la muerte, según declaran los versos finales de la elegía al poeta granadino: «Tú sabes, Federico García Lorca, / que soy de los que gozan una muerte diaria»[1].

Miguel Hernández, hecho para el amor, ha de increpar, hostigar, maldecir y hasta odiar en la citada «Elegía Primera», en la que la dialéctica del amor y del odio se resuelve en dolor intenso. Ha muerto un gran poeta y «un resplandor de muerte» navega por los ríos. El poeta se hace intérprete de la elegía cósmica:

> Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,
> veo un bosque de ojos nunca enjutos,
> avenidas de lágrimas y mantos:
> y en torbellinos de hojas y de vientos,
> lutos tras otros lutos y otros lutos,
> llantos tras otros llantos y otros llantos (324-325).

El amor y el dolor vuelven a entrelazarse –esta vez con la ternura– en «El niño yuntero», símbolo de todos los niños maltratados y hambrientos por los cuales M.H. se duele hondísimamente como hombre y como poeta, apelando a la condolencia universal y también a la esperanza de una redención futura:

> Me duele este niño hambriento
> como una grandiosa espina,
> y su vivir ceniciento
> revuelve mi alma de encina.
>
> ¿Quién salvará a este chiquillo
> menor que un grano de arena?
> ¿De dónde saldrá el martillo
> verdugo de esta cadena? (331).

En las «Elegías», el «eros» hernandiano alcanza honduras de dolor profundísimo, pero en la segunda –dedicada a Pablo de la Torriente– vuelve a unirse con el odio de Anteros: «Pasad ante el cubano generoso, / hombres de su brigada, / con el fusil furioso, las botas iracundas y la mano crispada» (335).

Eros vence a la muerte al final de «Nuestra juventud no muere»: florece de nuevo en los campos españoles, es verdor de la tierra fecunda regada por la sangre joven: «Mirad, madres y novias, sus transparentes caras: / la juventud verdea para siempre en sus bozos» (336).

El «eros» elegíaco –amor más allá de la muerte– se muestra teñido de conmovedor patetismo en «Llamo a la juventud»: «Pero en los negros rincones, / en los más negros, se tienden / a llorar por los caídos / madres que les dieron leche, / hermanas que los lavaron, / novias que han sido de nieve / y que se han vuelto de luto / y que se han vuelto de fiebre...» (338).

El «eros» de inmolación sacrificial se encarna en vida y poesía del poeta mismo –poeta combatiente–, en los versos sangrantes de «Recoged esta voz», al sentir en el alma las heridas de todos los soldados:

> Abierto estoy, mirad, como una herida.
> Hundido estoy, mirad, estoy hundido
> en medio de mi pueblo y de sus males.
> Herido voy, herido y malherido,
> sangrando por trincheras y hospitales (339).

El «eros» patriótico –en el que vida y muerte se unifican– se manifiesta al final de «Llamo a la juventud». Es un grito de casta española –«cante jondo»–, salido de lo más entrañable de su ser:«¡Ay España de mi vida, / ay España de mi muerte!» (339). Mas poco antes –en versos válidos siempre– ha afirmado su fe en la juventud: «La juventud siempre empuja, / la juventud siempre vence, / y la salvación de España / de su juventud depende» . M.H. ama a los jóvenes muy especialmente y así los exalta en «recoged esta voz»: «Vedlos agigantar el mediodía / y hermosearlo todo con su joven bravura. / / Se merecen la espuma de los truenos, / se merecen la vida y el olor del olivo» (342). El amor a España –una de las más apasionadas formas del «eros» hernandiano– se reintensifica en los últimos versos del poema, quedando la patria vencedora en el tiempo, a pesar de todas las muertes: «la juventud que a España salvará, aunque tuviera / que combatir con un fusil de nardos/ y una espada de cera» (343). El «Juramento de la alegría» también se ilumina con exaltados epítetos de amor a España, «blanca y roja, / blanca y fosforescente» (355).

El «eros» solidario de M.H. emerge en «Jornaleros», oda laudatoria del trabajo, compasión y amor, unidos al anhelo de justicia:

> Jornaleros que habéis cobrado en plomo
> sufrimientos, trabajos y dineros.
> Cuerpos de sometido y alto lomo:
> jornaleros.
>
> (...)
>
> Rabadanes del hambre y el arado... (344)

El «eros» de universal amor fraterno se derrama en el soneto «Al soldado internacional caído en España»: oda y elegía cuyo terceto final resume el abrazo cósmico que esa muerte representa:

A través de tus huesos irán los olivares
desplegando en la tierra sus más férreas raíces,
abrazando a los hombres universal, fielmente (346).

Pero ese «eros» de amor fraternal se «nacionaliza» y singulariza en «Aceituneros»: ellos han plantado los olivos, los han regado –«amamantado» (347), dice el poeta– con su sangre. Y los anima a que luchen por Jaén y todos sus olivares.

El «eros» hernandiano expresa también a las ciudades y provincias. Guadalaja, La Alcarria, por ejemplo, son alabadas en el poema denigratorio «Ceniciento Mussolini»: «Rumorosa provincia de colmenas, la patria del panal estremecido, / la dulce Alcarria...» (350). En el mismo poema emerge el apasionado amor que el poeta abriga por el pueblo español, reavivado ante los devastadores ataques de la aviación italiana: «nada podrás contra este pueblo mío / tan sólido y tan alto de cabeza, / que hasta la muerte mueve su poderío, / que hasta del junco saca fortaleza» (351-352).

Otra manifestación del generoso «eros» hernandiano es su amor por las manos trabajadas y trabajadoras, a las cuales se enfrentan las manos lívidas de la avaricia, el «arma de bombardeos». Sólo las manos laboriosas vencerán en la lucha por la vida: «La mano es la herramienta del alma, su mensaje, // manos puras de los trabajadores terrestres y marinos... // Estas sonoras manos oscuras y lucientes, / las reviste una piel de invencible corteza / y son inagotables y generosas fuentes / de vida y de riqueza» (352-353). Las manos laboriosas se embellecen con «El sudor» de los que trabajan, en una hermosa oda barroca –oda única– en la que se funden los elementos cósmicos:

En el mar halla el agua su paraíso ansiado
y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje.
El sudor es un árbol desbordante y salado,
un voraz oleaje.

(...)

Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de la pupilas... (354).

Triunfando sobre la tristeza que gana a las almas en la fratricida guerra –Anteros subyacente–, la exultación vital es otra forma del «eros» hernandiano y puede resumirse en algunos versos muy intensos de «Juramento de la alegría»: «galopa la alegría en un caballo / igual que una bandera desbocada. // Avanza la alegría derrumbando montañas». El poeta anima a los deprimidos y entristecidos: «Alegraos por fin los carcomidos, / los desplomados bajo la tristeza: / salid de los vivientes ataúdes, / caed a la alegría...» (355-356). El poema termina en un serventesio de tono personal, después de la exaltación colectiva:

Salí del llanto, me encontré en España,
en una plaza de hombres de fuego imperativo.
Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña...
Me alegré seriamente lo mismo que el olivo (357).

Eros se manifiesta con toda plenitud humana –el acto amoroso en su máximo clímax– en la «Canción del esposo soldado», gran oda del más elevado erotismo: «He poblado tu vientre de amor y sementera, / he prolongado el eco de sangre a que respondo / y espero sobre el surco como el arado espera: / he llegado hasta al fondo» (359). El amor se contrapuntea con el encarecimiento físico de la amada, con dulces epítetos amorosos y suma delicadeza: «Morena de altas torres, alta luz y altos ojos, / esposa de mi piel, gran trago de mi vida... // Ya me parece que eres un cristal delicado, / temo que te me rompas al más leve tropiezo... // Espejo de mi sangre, sustento de mis alas...»

(359). Frente al acechante Anteros de la guerra, reafirma su amor: «Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas, / ansiado por el plomo» (*ibídem*).

El «eros» lírico se substancia en el poeta, al iniciar la oda a «Pasionaria», en cuyos primeros versos futuriza su propio destino:

> Moriré como el pájaro cantando,
> penetrado de plumas y entereza,
> sobre la duradera claridad de las cosas.
> Cantando ha de cogerme el hoyo blando,
> tendida el alma, vuelta la cabeza,
> hacia las hermosuras más hermosas (363).

Su «eros» admirativo alcanza cimas de vibrante entusiasmo en la mencionada oda a «Pasionaria» –una de las más poderosas de todo el libro–, convertida en símbolo de España, materia geológica, al mismo tiempo que ígnea estatua viviente:

> Vasca de generosos yacimientos:
> encina, piedra, vida, hierba noble,
> naciste para ser esposa de algún roble.
>
> (...)
>
> Sólo los montes pueden sostenerte,
> grabada estás en tronco sensitivo,
> esculpida en el sol de los viñedos.
>
> (...)
>
> Por tu voz habla España, la de las cordilleras,
> la de los brazos pobres y explotados...
>
> (...)
>
> Tu cincelada fuerza lucirá eternamente,
> fogosamente plena de destellos (363-364).

El «eros» de la esperanza sostiene siempre al poeta, aunque fuese siempre desmentida por la Historia en el cruento desenlace de la fratricida guerra. Animado por él, escribe «Euzkadi», de cuyos versos finales se irradia la ilusión que no llegó a cumplirse: «La victoria es un fuego que alumbra nuestra cara / desde un remoto monte cada vez más cercano» (366). Ese mismo «eros» le lleva a exaltar Madrid –la mártir ciudad asediada– y su pequeño río que el poeta embellece y magnífica en «Fuerza del Manzanares»:

> Hoy es una trinchera
> de agua que no reduce nadie, nada,
> tan relampagueante que parece
> en la carne del mismo sol cavada.
> El leve Manzanares se merece
> ser mar entre los mares.
>
> (...)
>
> Tus aguas de pequeña muchedumbre,
> ay río de Madrid, yo he defendido,
> y la ciudad que al lado es una cumbre
> de diamante agresor y esclarecido.
>
> (...)
>
> El alma de Madrid inunda las naciones,
> el Manzanares llega triunfante al infinito (367-368).

El «eros» que se entrega a la alabanza y dignificación de ciudades, se enciende poderosamente en «Visión de Sevilla» que, por su Giralda, no es sólo «ciudad de manzanilla, / amorosa ciudad», sino –altificada– es «la ciudad más esbelta» (348).

Por todos estos paradigmas, concluimos que el «eros» hernandiano no se inserta en el primer ciclo sereno, filosófico y abstracto de Plotino. Ni en el segundo, penetrado de misticismo cristiano. Ejemplifica el tercer ciclo: el del amor y la pasión humanos; experiencia de dolor y lucha, símbolo de la existencia misma. Amor exaltado que dilata todas las facultades corpóreas y anímicas. Amor por el cual el hombre comprende en profundidad que es una criatura en lidia con un destino histórico implacable. Amor que arde, quema y consume, culminando en la muerte. El «eros» hernandiano es expresión simbólica del amor a España, a su tierra, a sus ciudades arrasadas o sojuzgadas, a sus niños hambrientos, a todas sus víctimas... Apasionada simpatía del poeta por cuanto se extiende más allá de la naturaleza viviente y animada: Eros que aproxima, mezcla, une, multiplica y varía las especies vivas, oficios, herramientas..., en anhelo último de amor y afinidad universales.

La primera imagen en que aparece Anteros en *Viento del pueblo*, representa el odio histórico reivindicador y justiciero encarnado en Rodrigo Díaz de Vivar, máximo héroe de nuestra Edad Media, y es aludido en «Llamo a la juventud»: «Si el Cid volviera... / subiera en su airado potro / y en su cólera celeste / a derribar trimotores / como quien derriba mieses» (337).

Ante las fuerzas del odio –apocalípticos jinetes–, M.H. empuña el alma cuando canta en «Recoged esta voz»:

> Cantando me defiendo
> y defiendo al pueblo cuando en mi pecho imprimen
> su herradura de pólvora y estruendo
> los bárbaros del crimen (340)

Y caracteriza a Anteros y sus acciones en la nefasta guerra:

> Esta es su obra, ésta:
> pasan, arrasan como torbellinos,
> y son ante su cólera funesta
> armas los horizontes y muerte los caminos.
>
> (...).
>
> y no hay espacio para tanta muerte,
> y no hay madera para tanta caja (340).

El mismo poema es una premonición de la derrota, consecuencia del triunfo de Anteros:

> Un porvenir de pólvora se avecina,
> se avecina un suceso
> en que no quedará ninguna cosa:
> ni piedra sobre piedra ni hueso sobre hueso.
>
> (...)
>
> España no es España que es una inmensa fosa,
> que es un gran cementerio... (341).

En la segunda parte, M.H. deniega este triunfo, acogiéndose a la esperanza, pues aún confía en el valor de la juventud: «su sangre es el cristal que no se empaña». Cree aún en los «hombres del trabajo» que «con metal y relámpagos igual que los escudos / hacen retroceder a los cañones / acobardados, temblorosos, mudos» (341). Restaura la confianza en Eros, porque no puede dejar morir su fe y amor por los jóvenes que luchan: «Ellos

harán de cada ruina un prado, / de cada pena un fruto de alegría, / de España un firmamento de hermosura» (342).

El negativo poder de Anteros se hace visible en «Jornaleros», poema donde los verdugos de pueblos –Hitler y Mussolini– «labran yugos», «traen una cadena / de cárceles, miserias y atropellos» (345). Son versos condenatorios y airados, pues representan el sentimiento popular, ahogando posibles valores líricos: «Fuera, fuera, ladrones de naciones, / guardianes de la cúpula banquera, / cluecas del capital y sus doblones: / ¡fuera, fuera! // Arrojados seréis como basura / de todas partes y de todos lados. / No habrá para vosotros sepultura, / arrojados» (345).

En «Aceituneros», M.H. insiste en execrar y condenar a los señores de la tierra que no labran, que explotan a los que recogen la aceituna de Jaén, enriqueciéndose con su sudor, sumiéndolos en la pobreza. Anteros –en este poema– representa la injusticia social de antiquísimas raíces. El poeta insinúa la tácita respuesta única, en la angustiada interrogación de una estrofa:

> Andaluces de Jaén,
> aceituneros altivos,
> pregunta mi alma: ¿de quién,
> de quién son estos olivos? (347).

Y los anima a que se levanten en defensa de la libertad, propia y de la tierra que han trabajado con tanto esfuerzo casi por nada.

En «Visión de Sevilla» domina Anteros, cuyo reino es ámbito de ruina, desolación y muerte: «la ciudad cristalina / yace pisoteada. // Una bota terrible de alemanes poblada / hunde su marca en el jazmín ligero, / pesa sobre el naranjo...». Hay «luto en las azoteas, muerte en los sevillanos» (348). «Un clamor de oprimidos, / de huesos que exaspera la cadena, / de tendones talados, demolidos / por un cuchillo siervo de una hiena» (349). Se pregunta el poeta y amargamente se responde: «¿Qué son las sevillanas / de claridad radiante y penumbrosa? / Mantillas mustias, mustias porcelanas / violadas a la orilla de la fosa» (349). Mas Eros, al final, resurge: es el anhelante deseo de salvar la ciudad, antes evocada por el poeta con bellas imágenes: «Vengo con una ráfaga guerrera / de jinetes y potros populares, / que están cavando al monstruo la agonía / entre cortijos, torres y olivares» (350).

Anteros ejerce sus poderes en «Ceniciento Mussolini», quien, para el poeta, es «dictador de cadenas, / carcelaria mandíbula de canto», «mortífero bandido» (350). «Dictador de patíbulo» (352), «voluntad de carnicero / digna de que la entierren las más sucias salivas» (351).

Anteros y Eros se funden en «El incendio», poema en que M.H. desvela su fe comunista y que ¡tal vez! influyera especialmente en ser condenado a la pena capital. Ideas revolucionarias y el incendio de la guerra se enfrentan e impregnan estas estrofas: «Europa se ha prendido, se ha incendiado, / de Rusia a España va, de extremo a extremo, / el incendio que lleva enarbolado, / con su furor, un ímpetu supremo» (358). Y, casi al final, esta sinestesia lírico-política: «España suena llena de retratos / de Lenin entre hogueras matutinas». Y el último verso proclama que el incendio extiende sus hogueras «para estrechar con Rusia los cercos de la lumbre» (359).

En «Campesino de España», el poeta intenta despertarlo –confundido con todo el pueblo– para que defienda su tierra invadida. Naturalmente, no domina Eros en estos versos, sino su antónimo, Anteros, representante de las fuerzas que es necesario combatir y vencer. Así caracteriza lo que ellas significan:

Calabozos y hierros,
calabozos y cárceles,
desventuras, presidios,
atropellos y hambres,
eso estás defendiendo,
no otra cosa más grande.
Perdición de tus hijos,
maldición de tus padres,
que doblegas tus huesos
al verdugo sangrante,
que deshonra tu trigo,
que tu tierra deshaces,
campesino, despierta,
español, que no es tarde (361).

A estos versos –¿premonición de sus cárceles algunos?– sigue una caracterización del enemigo: «escuadrones del crimen, / corazones brutales, / dictadores de polvo, / soberanos voraces». Contra Anteros, el pueblo se alza, debe alzarse: «La alegría y la fuerza / de estos músculos parte / como un hondo y sonoro / manantial de volcanes». Incluyéndose en el pueblo, añade esperanzado: «Vencedores seremos / porque somos titanes / sonriendo a las balas...» (362).

Anteros –en «Euzkadi»– representa a los enemigos que el poeta describe con tintas goyescas y quevedianos –y aun kafkianos– epítetos metafóricos infamantes: «Italia y Alemania dilataron sus velas / de lodo carcomido, / agruparon, sembraron sus luctuosas telas, lanzaron las arañas más negras de su nido. // Contra España cayeron y España no ha caído» (365).

Parecida caracterización –en la que abundan las animalizaciones peyorativas– reafirma la influencia de Anteros en «Fuerza del Manzanares»: «La hiena no ha pasado / a donde más quería. // Madrid sigue en su puesto ante la hiena, / con su altura de día» (367).

La tragedia de Eros y Anteros sólo se resolverá para M.H. en el hijo que ha de nacerle en una España en guerra, sí, pero que el poeta sueña en victoriosa paz: «nacerá nuestro hijo con el puño cerrado, / envuelto en un clamor de victoria y guitarras, / y dejaré a tu puerta mi vida de soldado / sin colmillos ni garras. // Para el hijo será la paz que estoy forjando. / Y al fin en un océano de irremediables huesos / tu corazón y el mío naufragarán, quedando / una mujer y un hombre gastados por los besos» (360). En este poema, sin embargo, se encuentra uno de los versos más terribles de todo el libro, centro y resumen de aquella guerra, pugna y abrazo de la vida y de la muerte, de los míticos Eros y Anteros: «Es preciso matar para seguir viviendo».

Todas estas citas nos llevan a concluir que, en oposición violenta a Eros, o unido ontológicamente a él, Anteros aparece en algunos poemas muy intensos de *Viento del pueblo*. Es el adversario –el antihéroe–, personificación de la antipatía y la aversión que separa, disgrega y disuelve. Ambos disminuyen o crecen: son vencidos, triunfan en la vida o en la muerte. Sarcasmo y expresiones cacosemánticas, vituperios airados, duros apóstrofes, se integran en poemas que acaso representen el nivel más bajo en la escala de valores poéticos hernandianos, más justificado por la desesperación que la despiadada guerra provocaba. Los versos en que Anteros domina imaginariamente, tristes, desolados, han resultado premonitorios de las consecuencias de la derrota bélica: el pueblo, vencido, humilló su esperanza en cárceles, patíbulos, clandestinidad y hambre.

En la estructura total del libro –apasionado, violento y nobilísimo, a pesar de todo–, triunfa cuantitativamente el «eros» sobre las fuerzas del odio y de la crueldad. M.H. nos dejó un mensaje anímico, para el hoy que estamos viviendo, en su «Juramento de la alegría»: «Me alegré seriamente lo mismo que el olivo». Beethovianamente, hernandianamente, entonemos juntos el mismo canto, a pesar de fracasos y dolores: Eros y Anteros, abrazados en la Historia por la Poesía que salva y eterniza.

NOTA

[1] Citamos por la edición siguiente: Miguel Hernández. *Obra poética completa*. Introducción, estudios y notas de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. Madrid, Alianza Editorial, 1982. El número de página lo consignaremos entre paréntesis al final de cada cita.